

do. Y hubiera experimentado una consolacion grande, si se me hubiese permitido hacer públicamente mi confesion general en el refectorio, para poner de manifiesto mi gran fondo de corrupcion, á fin de que nada se me atribuyera de los favores recibidos.

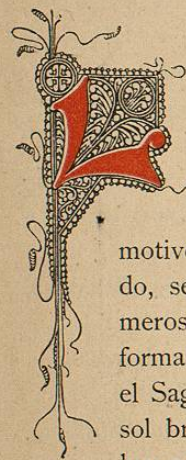


V

LA VÍCTIMA PREPARADA POR EL AMOR



V



A gracia, de que acabo de hablar con motivo de mi dolor de costado, se me renovaba los primeros viérnes de mes en esta forma. Se me representaba el Sagrado Corazon como un sol brillante de esplendorosa luz, cuyos ardentísimos rayos caian á plomo sobre mi corazon, el cual se sentia al instante abrasado con tan vivo fuego, que parecia me iba á reducir á cenizas. Estos eran los momentos

particularmente elegidos por el Maestro divino para manifestarme lo que quería de mí y descubrirme los secretos de este amable Corazon.

Una vez entre otras, estando expuesto el Santísimo Sacramento, despues de sentirme completamente retirada al interior de mí misma por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, se me presentó Jesucristo, mi divino Maestro, todo radiante de gloria, con sus cinco llagas, que brillaban como cinco soles, y por todas partes salian llamas de su sagrada humanidad, especialmente de su adorable pecho, el cual parecia un horno. Abrióse este y me descubrió su amantísimo y amabilísimo Corazon, que era el vivo foco de donde procedian semejantes llamas.

Entónces fué cuando me descubrió las maravillas inexplicables de su amor puro, y el exceso, á que le habia conducido el amar á los hombres, de los

cuales no recibia sino ingraticudes y desprecios. «Esto, me dijo, me es »mucho más sensible, que cuanto he »sufrido en mi pasion: tanto, que si »me devolvieran algun amor en retorno, estimaria en poco todo lo que »por ellos hice, y queria hacer aún »más, si fuese posible; pero no tienen para corresponder á mis desvelos por procurar su bien, sino frialdad »y repulsas. Mas tú, al ménos, dame »el placer de suplir su ingraticud, en »cuanto puedas ser capaz de hacerlo.» Y manifestándole mi impotencia, me respondió: «Toma, ahí tienes con qué »suplir todo cuanto te falta.» Y al mismo tiempo se abrió el divino Corazon, y salió de él una llama tan ardiente, que creí ser consumida, pues me sentí toda penetrada por ella, y no podia ya sufrirla, tanto que le rogué tuviera compasion de mi flaqueza.

«Yo seré, me dijo, tu fuerza, nada »temas; pero sé atenta á mi voz, y á

»cuanto te pido para disponerte al
 »cumplimiento de mis designios. Pri-
 »meramente, me recibirás sacramen-
 »tado, siempre que te lo permita la
 »obediencia, sean cuales fueren las
 »mortificaciones y humillaciones, que
 »vengan sobre ti, las cuales debes
 »aceptar como gajes de mi amor.
 »Tambien comulgarás todos los pri-
 »meros viérnes de cada mes, y todas
 »las noches del juéves al viérnes te
 »haré participante de la tristeza mor-
 »tal, que tuve á bien sentir en el
 »Huerto de las Olivas. Esta tristeza te
 »reducirá, sin poder tú comprenderlo,
 »á una especie de agonía más dura de
 »soportar, que la muerte. A fin de
 »acompañarme en la humilde oracion,
 »que hice entónces á mi Padre en me-
 »dio de todas mis angustias, te levan-
 »tarás entre once y doce de la noche
 »para postrarte conmigo, durante una
 »hora, la faz en tierra, ya para calmar
 »la cólera divina pidiendo misericordia

»por los pecadores, ya para dulcificar
 »de algun modo la amargura, que sen-
 »tí en el abandono de mis apóstoles,
 »la cual me obligó á echarles en cara
 »que no habian podido velar una hora
 »conmigo; y durante esta hora harás lo
 »que te enseñare. Mas oye, hija mia,
 »no creas ligeramente á todo espíritu,
 »y no te fies, porque Satanás rabia por
 »engañarte. He aquí por qué no has de
 »hacer nada sin la aprobacion de los
 »que te guian, á fin de que teniendo
 »el permiso de la obediencia, no pue-
 »da seducirte; pues nó tiene poder al-
 »guno sobre los obedientes.»

Durante todo este tiempo, ni tenia
 conciencia de mí misma, ni aún sabia
 dónde estaba. Cuando vinieron á sa-
 carme de allí, viendo que no podia ha-
 blar, ni aún sostenerme sino á duras
 penas, me condujeron á nuestra Madre,
 la cual viéndome como enajenada, ar-
 diendo toda, temblorosa y arrodillada
 á sus pies, me mortificó y humilló con

todas sus fuerzas, dándome en ello un placer y gozo increíbles. Pues me creía hasta tal punto criminal, y tan llena de confusión estaba, que cualquier riguroso tratamiento, á que se hubiera podido someterme, me habría parecido demasiado suave. Después de haberla referido, aunque con extrema confusión, cuanto había pasado, recargó la dós de mis humillaciones, y no me concedió por esta vez nada de cuanto yo creía que Nuestro Señor me mandaba hacer, ni acogió sino con desprecio cuanto yo la había dicho. Esto me consoló mucho y me retiré con grande paz.

El fuego, que me devoraba, me produjo desde luego una fiebre grande y continua; pero tenía demasiado placer en sufrir para quejarme, ó decir cosa alguna, hasta que al fin me faltaron las fuerzas. Conoció el médico que tenía la fiebre hacia ya largo tiempo, y áun sufrió después más de sesenta accesos. Ja-

más experimenté consuelo semejante, pues los extremos dolores del cuerpo mitigaban algun tanto mi ardiente sed de sufrir. No se nutria ni animaba este fuego devorador sino con la madera de la cruz y de toda clase de sufrimientos, desprecios, humillaciones y dolores, sin padecer nunca dolor capaz de igualar á la pena de no sufrir lo bastante. Se creyó segura mi muerte.

Pero continuando siempre Nuestro Señor sus favores, recibí uno incomparable en un deliquio, que me sobrevino. Me pareció que se presentaron ante mí las tres Personas de la adorable Trinidad, é hicieron sentir grandes consolaciones á mi alma. Mas no pudiendo explicarme sobre lo sucedido entonces, diré solamente que, á mi parecer, el Eterno Padre presentándome una pesadísima cruz erizada toda de espinas y acompañada de todos los instrumentos de la Pasión, me dijo: «Toma, »hija mia, te hago el mismo presente

»que á mi muy amado Hijo.» «Y yo, »añadió mi Señor Jesucristo, te clavaré »en ella como lo fui yo mismo, y te »haré fiel compañía.» La tercera de estas adorables Personas me dijo: «Que »Él, que no era más que amor, me con- »sumiría allí purificándome.» Quedó mi alma con una paz y un gozo inconcebibles, y no se ha borrado jamás la impresion hecha en ella por las divinas Personas. Se me representaron bajo la forma de tres jóvenes vestidos de blanco, radiantes de luz, de la misma edad, grandeza y hermosura. No comprendí entónces, como lo he comprendido despues, los grandes sufrimientos que esto me anunciaba.

Como se me ordenó pedir á Nuestro Señor la salud, lo hice; si bien con miedo de ser oida. Pero se me dijo que por el restablecimiento de mi salud se conoceria claramente si, lo que en mí pasaba, venia del Espíritu de Dios, y segun esto se me permitiría despues

hacer cuanto Él me habia mandado, ya con respecto á la comunion de los primeros viérnes de mes, ya en cuanto á la hora de vela en la noche del juéves al viérnes, como Él deseaba. Habiendo representado al Señor todo esto por obediencia, recobré al instante la salud. Pues me recreó con su presencia la Santísima Vírgen, mi buena Madre, me hizo grandes caricias, y despues de una visita bastante prolongada, me dijo: «Anímate, mi querida hija, con la »salud, que te doy de parte de mi divi- »no Hijo, porque aún te resta que an- »dar un camino largo y penoso, siem- »pre sobre la cruz, traspasada por los »clavos y las espinas y desgarrada »por los azotes; pero no temas, no te »abandonaré, te prometo, mi protec- »cion.» Promesa, cuyo cumplimiento he experimentado claramente en las grandes necesidades, que de ella he tenido despues.

Mi soberano Señor continuaba re-

creándome con su presencia actual y sensible, según me había prometido hacerlo siempre, como arriba dije; y en efecto, jamás me privó de ella por culpas, que cometiese. Pero como su santidad no puede sufrir la más pequeña mancha, y me hace notar hasta la más ligera imperfección, no podía yo soportar ninguna, en que hubiera algo, aunque poco, de voluntad propia ó de negligencia. Como por otra parte soy tan imperfecta y miserable, que cometo muchas faltas, si bien involuntarias, confieso serme un tormento insoportable el parecer delante de esta santidad, cuando he sido infiel en alguna cosa, y no hay suplicio, al cual no me entregase ántes que sufrir la presencia de este Dios santo, cuando está manchada mi alma con alguna culpa. Me sería mil veces más grato arrojarme en un horno ardiendo.

En cierta ocasión me dejé llevar de algún movimiento de vanidad hablan-

do de mí misma. ¡Oh Dios mío! ¡Cuántas lágrimas y gemidos me costó esta falta! Porque, en cuanto nos hallamos solos Él y yo, con un semblante severo me reprendió diciéndome: «¿Qué tienes tú, polvo y ceniza para poder gloriarte, pues de ti no tienes sino la nada y la miseria, la cual nunca debes perder de vista, ni salir del abismo de tu nada? Y para, que la grandeza de mis dones no te haga desconocer y olvidar lo que eres, voy á poner ese cuadro ante tus ojos.» Y descubriéndome súbitamente el horrible cuadro, me presentó un esbozo de todo lo que soy.

Me causó tan fuerte sorpresa, y tal horror de mí misma, que á no haberme Él sostenido, hubiera quedado pasmada de dolor. No podía comprender el exceso de su grande bondad y misericordia en no haberme arrojado ya en los abismos del infierno, y en soportarme aún, viendo que no podía yo su-

firme á mi misma. Tal era el suplicio, que me imponía por los menores impulsos de vana complacencia; así es que me obligaba á veces á decirle: «¡Ay de mí! Dios mio, ó haced que muera, ú ocultadme ese cuadro, pues no puedo vivir mirándole.» Porque producía en mí impresiones de insoportable dolor, de odio y de venganza contra mí misma, y no permitiéndome la obediencia ejecutar en mí los rigores, que me inspiraba, sufría lo indecible.

Mas como sabía que el soberano dueño de mi alma se contentaba con lo ordenado por la obediencia, y tenía un placer singular en verme humillada, era sumamente fiel en acusarme de mis faltas para recibir por ellas penitencia, pues, por áspera que ésta pudiera ser, la juzgaba yo como un dulce refrigerio al lado de la que me imponía. Él mismo, y eso que encontraba faltas en cuanto yo tenía por lo más puro y perfecto. Me lo dió á conocer un día

de Todos los Santos, en el cual de un modo inteligible me fué dicho:

«En la inocencia no hay manchado nada;
 »Nada hay perdido en manos del Señor;
 »Nada se muda en la feliz morada;
 »Todo allí se consuma en el amor.»

Por largo tiempo me ha tenido ocupada la explicacion, que recibí sobre estas palabras: «En la inocencia nada hay manchado,» es decir, que no debía tolerar mancha alguna ni en mi alma, ni en mi corazón. «Nada hay perdido en manos del Señor,» es decir, que todo debía dárselo y abandonarlo en sus manos, pues siendo la Omnipotencia misma, nada se podía perder entregándosele todo. En cuanto á los otros dos versos, hablan del paraíso, donde nada se pasa, porque todo allí es eterno, y se consuma en el amor. Y como al mismo tiempo se me dejó ver una pequeña muestra de aquella gloria, ¡oh Dios, en qué trasportes de júbilo y de deseos me hallé sumergida! Estaba en ejercicios y pasaba todo el